

### El camaleón

Por César McKenzie (Revista Arcadia)

*Julian Barnes, inclasificable, ha escrito deslumbrantes colecciones de cuentos, novelas, crónicas y ensayos. Pero todo el mundo está de acuerdo: es uno de los más exquisitos prosistas de la lengua inglesa.*

Hace treinta años, una generación de irónicos y elegantes escritores ingleses se instaló en el panorama de las letras de nuestro tiempo. Detrás de ellos, una revista literaria hacía una apuesta por publicar escritores jóvenes que miraran de frente su realidad y la contaran sin cortapisas retóricas. Allí, en ese mítico número 7 de *Granta* en 1983 aparecían los nombres de Ian McEwan, Martin Amis, Kazuo Ishiguro, Hanif Kureishi, Salman Rushdie y, desde luego, el mayor de todos ellos y no del todo desconocido Julian Barnes con *“Emma Bovary’s eyes”*, breve anticipo de una de sus obras mayores. Eran los tiempos del thatcherismo que impuso a los ingleses la supremacía del mercado, mutaciones en el sistema tributario, una nueva forma de enfrentar su economía, la libertad y el poder de las instituciones: menos libertades de asociación y privilegios en un Estado que no creía tener muchas responsabilidades sociales, sumado al férreo conservadurismo de la tres veces elegida Primera Ministra y de todo su Gobierno. La nueva *Granta* (había sido fundada a finales del siglo XIX, pero a mediados de los setenta había entrado en decadencia) era la voz literaria que se alzaba para impactar (sin pretender ser ni revolucionaria, ni iconoclasta, ni ingenuamente progresista) los cimientos de una cultura libresca y ensimismada que requería ya de un nuevo aliento. Años después, cuando los puso a todos en su catálogo, Jorge Herralde, editor de Anagrama, los llamó el *British Dream Team*.

Julian Barnes no perteneció a esta generación por capricho editorial. Como los otros autores, vivió su infancia en medio de la segunda posguerra europea y a comienzos de los ochenta empezaba ya a demostrar su peso literario satirizando la moderna vida londinense. Nació en Leicester en 1946, fue hijo de una pareja de profesores de francés y desde pequeño se apasionó por la cultura francesa. En 1956 su familia (padres y hermano mayor) se mudó a Northwood, suburbios del noroeste de Londres, en Middlesex (locación de *Metrolandia*, su primera novela). Sus abuelos paternos (a pesar de ser él anglicano y ella metodista) se jactaban de una férrea tendencia agnóstica y atea. Kathleen, su madre, también atea y descreída, gozó de un funeral sin símbolos religiosos. Barnes ha sido, de entrada, un escéptico con una infancia marcada por la irreligiosidad. En su entrevista para ingresar a Oxford, dirá: *“Soy un ateo feliz”*, más adelante afirmará que *“Dios es el gran escapista”*. Estudia sin muchos méritos en el Magdalen College en Oxford y desde joven lo marca el pensamiento de Montaigne y de Somerset Maugham. Su vida transcurre en una normalidad de ávido lector hasta que en 1973 el poeta Craig Raine le presenta al novelista Martin Amis, que en esa época era editor del *Times Literary Supplement*. Allí comienza su carrera de escritor como reseñista de libros hasta que debuta como editor literario del *New Statesman*. A pesar de no querer ejercer, Barnes culmina sus estudios de Derecho. En 1975 tiene una columna en *New Review* y usa el seudónimo de Edward Pygge. También es crítico de televisión de *The Observer* y

**GRUPO B**



escribe una columna gastronómica en *Tatler*, usando el seudónimo de Basil Seal. En 1979 se casa con la célebre agente literaria Pat Kavanagh con quien vivió casado y sin hijos hasta la muerte de Pat en el 2008.

Por eso el nombre de Julian Barnes era ya conocido en la Londres literaria, aun antes de *Granta*. *Metrolandia*, su primera novela, que abre la década de los ochenta, ya da muestras de cuánto cambiarán las letras inglesas en lo sucesivo. Ganadora del Premio Somerset Maugham, se trata de una novela irónica hasta la médula que le llevó ocho años escribir: Christopher y Toni, amigos de adolescencia, encuentran en todo lo que ven lo absurdo de su sociedad: vidas rutinarias y de breves esperanzas. A partir de allí su bibliografía crece a ritmo acelerado durante los treinta años siguientes: quince novelas (seis premiadas, entre Inglaterra y Francia; tres nominadas al Premio Booker y una ganadora de este: *The sense of an ending* [El sentido de un final], en el 2011); tres libros de cuentos, dos de ensayos, dos de artículos (para *The New Yorker*, donde escribe desde 1995) y su libro de memorias *Nada que temer*, analítico y nostálgico, donde se muestra un Barnes casi científico que explora sus más hondas creencias y recuerdos en torno a Dios, la muerte, El llanero solitario, su enfermedad de Menière, Jules Renard, su hermano y otros temas fundamentales.



Pero Barnes, por encima de todo, será el autor, el famoso autor de *El loro de Flaubert*. Un año después de su aparición en *Granta*, Barnes, eterno enamorado de la cultura francesa, conmociona y confunde a los críticos con esta novela de género, para ellos, indefinible. Un poco novela, un poco ensayo, un poco crónica, *El loro de Flaubert* es, también, una biografía única del autor francés que dijo: "*Madamme Bovary c'est moi*". Ganó el Geoffrey Faber Memorial, fue nominada al Booker y en Francia se llevó el Médicis del 84. Su pregunta fundamental es ¿cómo captamos el pasado? Para ello arma cronologías y bestiarios, investiga, recorre ciudades y museos, crea personajes, da pruebas, expone argumentos; su estructura es cambiante y proclive a la multiplicidad de registros y tonos. Barnes hace suya la máxima de Flaubert: "*El estilo es una cosa que surge del tema*". Desde luego, otras obras de Barnes han conmocionado a la crítica y a sus lectores por su estilo

camaleónico: *Una historia del mundo en diez capítulos y medio*, *Inglaterra, Inglaterra*, *La mesa limón* o su reciente libro de cuentos *Pulso* dan cuenta de un escritor en pleno vigor, que no ha dejado de indagar en ese, al parecer infinito, universo creativo que permite la novela y, más allá, la escritura. Porque Julian Barnes jamás se agota ni se repite, y jamás es una palabra difícil con una obra tan extensa.

Leer a Barnes es un ejercicio intelectual de la más penetrante y estimulante exigencia. Sus formas, cada vez más sorprendentes, nos hablan de un mundo que busca infinitos caminos para contarse. Ha reinventado la novela y, de paso, ha dado al ensayo una vitalidad contagiosa que ha influenciado a cientos de nuevos escritores. Es un escritor que habla y se burla del presente y que mira siempre hacia adelante, aun cuando vuelve la mirada.

## Razones para leer

Por Jorge Edwards (Letras Libres)

A propósito de su visita a Chile, alguien planteó en la prensa la pregunta de por qué leer a Julian Barnes. Es una pregunta bastante curiosa, además de reveladora de los tiempos que corren. Barnes es un notable escritor; por momentos, un gran escritor. Aparte de eso, es un escritor original y que pertenece de lleno a la literatura, no a los medios, ni al mercado, ni a la farándula de alguna especie. No hay necesidad de razones para justificar su lectura. La justificación completa de su lectura es su escritura, su dominio del arte narrativo, su gracia literaria. Ahora somos grandes aficionados a las justificaciones teóricas, a la jerga y a la jerigonza, que todos tratan de usar y que no todos entienden. Lo primero que leí de Barnes fue *El loro de Flaubert*. Me divertí mucho con ese libro, me reí de buena gana, sentí la presencia del gran misterio de la creación literaria y a la vez la de sus miserias y su lado grotesco. No he sido nunca tan flaubertiano como, por ejemplo, Mario Vargas Llosa, que convirtió a Flaubert y hasta a una de sus

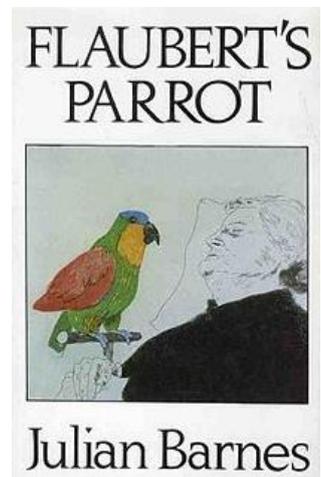


## Tertulias Literarias

invenciones, a Emma Bovary, en objetos de un culto casi religioso. Y al observar el humor de Barnes, al compartirlo en buena medida, tuve la impresión de que él tampoco es un fanático de su ídolo, por más ídolo que sea; de que guarda algunas distancias y de que se permite notorias impertinencias. En otras palabras, Flaubert es un personaje de Barnes, pero es un personaje que tiene una dimensión enigmática y superior. Y hay momentos en que Barnes, creador de Flaubert en *El loro de Flaubert*, es decididamente inferior a su criatura. Lo cual demuestra, por un lado, el talento del inglés y, por el otro, la grandeza del maestro francés del siglo XIX.

En mis lecturas de literatura inglesa moderna, siempre me asombró el mito de Flaubert que se dibujaba en un segundo plano, pero con gran seguridad, de un modo infalible. Hablo de mis lecturas de Henry James, de James Joyce, de Ezra Pound y T.S. Eliot, de William Faulkner (autores, dicho sea de paso, entre los que no figura ni un solo inglés auténtico). Alguno de ellos dijo, refiriéndose a él mismo o a alguno de sus colegas: “*Su verdadera Penélope fue Flaubert.*” Julian Barnes también podría haber dicho esa frase. Pero el libro de Barnes es ambivalente, y es probable que ahí resida su gracia y su originalidad: se ríe de Flaubert, intenta desmitificarlo, pero contribuye, de hecho, a fortalecer el mito, a consolidarlo todavía más.

El libro me pareció, en otro aspecto, un libro de viaje: Julian Barnes, inglés aficionado a la literatura francesa, como tantos de sus coterráneos, emprende un viaje al corazón de Flaubert, a sus tierras, a sus paisajes, a sus diversos enigmas. Llega a Croisset, a la salida de Rouen, y se encuentra con que sólo existe un pabellón aislado de la antigua propiedad de la familia del novelista. Existe, naturalmente, un Bar Gustave Flaubert en las cercanías, donde suponemos que los parroquianos beben mucho vino Muscadet y mucho aguardiente de Calvados, lo cual los identifica más con Georges Simenon, el inventor del detective Maigret, que con los clásicos de Normandía y de Bretaña, y el Sena se encuentra en el mismo lugar de siempre y no ha cambiado demasiado de aspecto. Podemos imaginar la forma como miraba Flaubert las curvas del río, los fanales de los barcos de pesca, los remolcadores, al final de largas jornadas nocturnas en que había luchado con capítulos de *Madame Bovary* o de *La educación sentimental*. A veces me digo que las cartas que le mandaba a Louise Colet, su amante de París, actriz conocida y poeta mediocre, narrando lo que habían sido esas jornadas de trabajo furibundo, son mejores que las novelas en sí mismas. Pero no pretendo caer en la manía provinciana y mezquina de las comparaciones.



Barnes llega a Croisset, convertido ahora en minimuseo, y baja un loro expuesto arriba de un armario y protegido por un fanal de vidrio. El loro flaubertiano, tema central del célebre cuento de Flaubert “*Un corazón sencillo*”, tiene un parentesco lejano con el personaje de *El pájaro verde*, que para mi gusto es lo mejor que escribió en su vida nuestro Juan Emar. Es un animal igual de gárrulo, de agresivo, de imprevisible, y tiene en ambos textos una relación remota con el arte de la palabra y hasta con el Espíritu Santo. Pues bien, Barnes examina el pájaro embalsamado del pabellón de Croisset y concibe la sospecha de que los loros de Flaubert, después de la desaparición del autor, tienden a multiplicarse, como ocurre con algunas de las reliquias de la religión católica. ¿Cuántas cabezas de San Juan Bautista existen en los santuarios de este mundo, y cuántos loros de Flaubert?

Viajamos a Croisset con toda la familia, en compañía de Vargas Llosa y la familia suya, allá por los años sesenta, y tengo el recuerdo vívido siguiente: a Vargas Llosa, más que los muebles, los tinteros, la estatuilla de un Buda de oro, el pájaro embalsamado en su fanal, le interesaba lo que el propio Flaubert acostumbraba describir como su gueuloir. La palabra del novelista era un neologismo muy expresivo, inventado a partir de la palabra gueule, que significa “hocico”, y gueuler, que significa “gritar”, “dar voces”. En buenas cuentas, el gueuloir, un sendero más bien angosto, rodeado de árboles (no puedo precisar ahora, y pido las excusas del caso, qué clase de árboles), era algo así como el gritadero, un lugar donde el escritor repetía sus frases a gritos hasta encontrar el tono, el ritmo, las palabras exactas. Era el sitio donde el estilo, en medio del viento de la noche, frente a las luces de los navegantes, cuajaba, cristalizaba en forma definitiva. Mientras Louise Colet insistía en viajar desde París, el maestro la atajaba en sus cartas formidables y perentorias: ella tenía que esperar el capítulo de los comicios agrícolas, y el del paseo en coche de la Bovary con su amante por las calles de Rouen, y el siguiente y el subsiguiente: el monstruo Flaubert, el grotesco Flaubert, el oso de

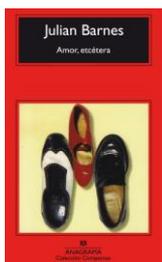


# Tertulias Literarias

Croisset, que en alguna ocasión se había sentido fascinado por los camellos del norte de África, por su movimiento continuo, por su aptitud para soportar el calor intenso, exactamente opuesta a la de los osos polares.

Mi Flaubert preferido está en la correspondencia, en *Un corazón sencillo*, en los dos escritores entrañables y patéticos de su novela póstuma, *Bouvard et Pécuchet*. Cuando viajo a París en estos años, suelo quedarme en casa de un amigo en el barrio del Canal Saint-Martin. Salgo de la casa y me veo de inmediato en uno de los muelles donde se encuentran los dos escritores y deciden comenzar su extravagante aventura. Me he convertido en flaubertiano sin darme cuenta, y a veces pienso en el joven Vargas Llosa, y en el libro de Julian Barnes, y en el oso en persona, el vociferante, el amigo de Turguéniev, de la princesa Matilde, sobrina de Napoleón I, del simpático Alfred Le Poitevin. Ya ven ustedes. Pero mi idea inicial era la de recomendar la lectura de Julian Barnes. Y recomiendo su lectura con entusiasmo. *Arthur y George* es una novela apasionante: la historia de un error judicial lleno de ingredientes de xenofobia y de fanatismo colectivo, investigado con minucia y esclarecido en forma brillante por Arthur Conan Doyle, el autor de novelas policiales y creador de Sherlock Holmes. Y en *La mesa limón* hay cuentos maestros, inolvidables: relatos de la edad avanzada, de la suplantación, de los secretos de toda una vida y sus imprevisibles enseñanzas. ¿Necesitamos justificaciones para leer a Barnes, para leer a Vargas Llosa, para leer al oso Flaubert, a su amigo ruso Turguéniev, al joven Guy de Maupassant, que según biógrafos indiscretos era el probable hijo adulterino de Flaubert con una hermana de Alfred Le Poitevin, la dulce Laure Le Poitevin? Leamos, digo yo, recuperemos el placer único de la lectura, y dejémonos de hacer preguntas tontas.

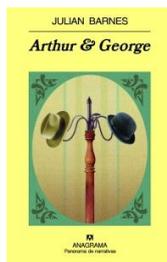
## Otras obras de Julian Barnes nas Bibliotecas de Oleiros:



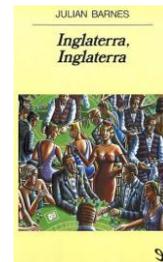
[Amor, etcétera](#)



[Arthur e George / Arthur y George](#)



[Hablando del asunto](#)



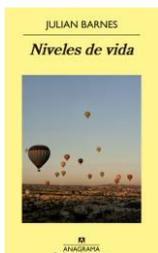
[Inglaterra, Inglaterra](#)



[La mesa limón](#)



[Nada que temer](#)



[Niveles de vida](#)



[El perfeccionista en la cocina](#)



[O sentido dun final / El sentido de un final](#)



[Pulso](#)



[Talking it over](#)



[Una historia del mundo en diez capítulos y medio](#)

Fontes:

[Página 12](#) (Argentina)

[Revista Arcadia](#) (Colombia)

Para saber más:

[Mario Vargas Llosa y Julian Barnes : una lección de literatura](#) (La Nación, Argentina)

[La caída de las ilusiones: entrevista con Julian Barnes](#)

[Archivo documental das Tertulias Literarias \(desde 2010\)](#)

Biblioteca Central Rialeda  
Avenida Rosalía de Castro 227 A  
15172 – Perillo (Oleiros)  
Tfno.: 981 639 511  
Fax: 981 639 996  
Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org  
[Blog](#)  
[Web](#)

# GRUPO B